

*Entrevista de María Cristina Tortti y Mauricio Chama**

Horacio González

«Por un Programa de Reconstrucción de las Ciencias Sociales»

En el mes de octubre de 1998 se realizaron en la Universidad Nacional de San Juan las Jornadas Nacionales de Sociología “El campo de la Sociología y la profesión del sociólogo. Controversias y desafíos”. Durante tres días estudiantes, graduados y profesores debatieron acerca del estado de situación de la disciplina, de las carreras y del rol profesional del sociólogo.

Una de las intervenciones que concitó mayor atención fue la del Dr. Horacio González quien trazó un balance crítico y convocó al debate sobre el estado actual de las Ciencias Sociales en la Universidad pública. El doctor Horacio González, permanente animador del debate intelectual, es profesor en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y de la carrera de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

* *Profesores e Investigadores UNLP-CISH*

P: En oportunidad de las Jornadas Nacionales de Sociología realizadas en San Juan en octubre del año pasado Ud. planteó la necesidad de realizar una “reconstrucción política de las Ciencias Sociales”: ¿cuál es el sentido que le asigna a esta propuesta?

R: Parte de esta reconstrucción política de las Ciencias Sociales, y de las carreras de Ciencias Sociales, es la reconstrucción de una dialéctica que me permitirá mencionar como la dialéctica entre la “doxa y la ciencia”. Se vivió muchos años del ideal científico. Esa debe ser, y debe seguir siendo una discusión. La palabra “ciencia”

nos convoca de muchos modos, pero algunos de esos modos es el modo en que nos convoca como una disconformidad. La palabra “ciencia” surge de la disconformidad por un conocimiento, no es un anaquel del cual retiramos ya preparadas las respuestas. Por lo tanto, lo que llamamos la doxa -la opinión, digamos- debe ser articulado con la idea de ciencia nuevamente. Porque en los últimos tiempos, en la era de los medios de comunicación, que son acontecimientos que disuelven permanentemente los campos constituidos de conocimiento, los disuelven impunemente, a veces salvajemente, promoviendo en esa disolución un conjunto de situaciones que hacen al pensamiento del reino del sentido común, del reino de las culturas populares, masificadas o pasadas por la utilización de la relación “palabra-tiempo”, propia de los medios de comunicación. Ahí está la doxa, la opinión, lo que llamamos la “opinología”. De algún modo hay que reatar según las tradiciones filosóficas más exigentes, la idea de opinión a la idea de ciencia. Porque si no se hace esto, nos quedaremos sometidos, como muchos podemos estar sometidos a diario. Y es poco probable que la Argentina de la Universidad pública y de las carreras de Humanidades, hoy esté preparada para defenderse frente a ese reclamo “opinológico” de los medios de comunicación: nos convertiremos en “opinólogos”, o en personas que usan al mismo tiempo un lenguaje ritualizado, con lo cual perteneceríamos al lugar donde se protege a la academia de la “opinología”. Me parece que éste no es el camino acertado.

P: Entonces, cuál sería la diferencia entre lo que Ud. denomina “opinología” y una doxa ligada a las Ciencias Sociales?

R: En la “opinología”, en el opinar, está el drama del sentido común, está la tragedia de la vida cotidiana, está lo que se discute en la papilla del día a día. Y está, si sabemos dar la opinión, la doxa, que es aquello que nos lleva a la intervención política directa, incluso con el lenguaje de todos los días. Por eso digo lo de la dialéctica entre

las tradiciones críticas más elaboradas y la doxa, porque si la podemos reconstituir se reconstituye un poderoso artefacto de intervención, incluso sobre los medios de comunicación. La situación actual en la Argentina es tal que o no hablamos, o si hablamos los medios de comunicación triturarán meticulosamente todo lo que podamos decir desde la Universidad, reclamándonos apenas como vestigios, pobres sombras portadoras de un saber supuestamente científico que a nadie le interesa.

P: Ante una demanda que desde los medios de comunicación sólo requiere opinión breve y simplificadora: cómo producir una verdadera intervención en el debate público desde las Ciencias Sociales?

R: Retomando la iniciativa de la esfera pública, de la esfera del conocimiento y de la esfera del logos respecto de los medios de comunicación, tarea política de la principal importancia que podamos imaginar hoy en la Argentina y en cualquier lugar del mundo. En un momento en que la discusión pública sobre esta cuestión en la Argentina está muy retrasada respecto a cómo se está dando en otros países, es necesario que las Ciencias Sociales en sus carreras, e incluso en la administración de sus carreras, contengan el grave problema de cómo se reconstituyen intelectualmente, organizando una intervención en relación a la doxa de este momento histórico, de esta época, y en relación a los lenguajes circulantes. No es indigno opinar: vivimos haciéndolo. No es indigno emitir un parecer: vivimos haciéndolo, incluso a veces disfrazado de ciencia. Lo que es indigno es omitir pareceres disfrazados de ciencia para postular exclusiones. Y es muy digno, puesto que todos somos de algún modo los que entramos en contacto con las Ciencias Sociales porque estamos en contacto con la política, entendida como la escisión de los tiempos, y como aquello que nos hace hombres. Entonces es necesario intervenir con opiniones que puedan discutir con el sistema de opinión de los medios de comunicación -si es que estas opiniones han de darse en los medios de comunicación. No estamos aún preparados para ellos. No estamos preparados para este crucial evento del cual depende en gran medida la supervivencia de las carreras de Ciencias Sociales. Por eso reconstituirlas intelectualmente supone volver a una dialéctica entre "ciencia" y "doxa", volver a reconstituir el saber riguroso en el mundo de la opinión, y volver a saber extraer opiniones fuertemente teñidas de intervención política, extrayéndolas del campo de las tradiciones rigurosas del conocimiento.

P: En este contexto ¿desde dónde sería posible repensar las carreras de Ciencias Sociales y la Universidad en general?

R: La cuestión me parece central para reconstituir las carreras de Ciencias Sociales en todo el país: las viejas, las que se acaban de fundar y las que probablemente se funden, como vía de reconstitución de las Humanidades y como vía de reconstitución de la propia Universidad pública, porque no se nos oculta a ninguno de nosotros que las Humanidades y las Ciencias Sociales son en primer lugar una pregunta por la propia Universidad. Es aquí donde en forma primordial se identifica la discusión por las Ciencias Sociales con la discusión por la Universidad. No se hace del mismo modo en otras tradiciones profesionales. Entonces llamo a declarar la libertad de texto, tan importante como lo que en la Reforma Universitaria del '18 fue la libertad de cátedra, lo que hoy no importa tener. A quién le importa hoy lo que decimos en las cátedras? Quién diría que, fatigado por una cátedra ó haziado por un profesor, alguien se molestaría, dentro de la política que hacemos en la Universidad de todos los días, a crear una cátedra paralela? Simplemente, no importa. Pero lo que sí nos importa es la relación entre pensamiento y escritura. Hubo un gran momento en las Ciencias Sociales argentinas, un momento muy fundador, que coincide con los inicios de las Ciencias Sociales en la Argentina, y al que podríamos cuestionar de muchas formas, y por muchos motivos, pero que a veces son motivos que vienen muy predigeridos y que nos llevan a condenar aquellos momentos del positivismo. Me estoy refiriendo a ello con excesivo apresuramiento... Pues bien: esos eran momentos en los que se intentaba reatar la idea de conocimiento vinculado a una ciencia con la idea de escribirla, con la idea de un texto, con la idea de que hay muchas escrituras para un conocimiento, que hay muchos conocimientos para una escritura. Esto supone algo que en la Universidad estamos perdiendo. Porque el modelo FOMEC de algún modo es un despotismo de las escrituras y del pensamiento. Puede ser muchas otras cosas, pero fundamentalmente es un nuevo despotismo, un nuevo y tonto iluminismo en relación a la custodia de escrituras y textos, en el sentido de designarlos como un lugar meramente instrumental. Los textos ya vienen escritos, y los pensamientos ya vienen pensados para el modelo FOMEC de Universidad.

P: Entonces, qué hacer ante un modelo de "normalización" del trabajo intelectual que termina por inhibir la creatividad en las carreras de Humanidades y Ciencias Sociales?

R: Es necesario nuevamente volver a los textos clásicos, reescribirlos, escribir nosotros, reaprender a escribir. Parecería mentira, si no fuera verdad, que en la Universidad, en el campo de las Ciencias Sociales muchas veces, se amputa lo que ya sabíamos hacer: escribir. Y muchas veces, lo que es más grave aún, se amputa lo que ya

sabíamos hacer: pensar. No es posible seguir así. Si se tienen que reconstituir, es necesario que se vuelva a asociar la idea de Ciencias Sociales a la multiplicidad de pensamientos políticos, pensamientos de opinión, pensamientos interpretativos, libertad hermenéutica y libertad de textos. Eso supone, me parece también, uno de los puntos centrales de lo que muy apresuradamente creo poder considerar una reconstitución política e intelectual de las carreras de Ciencias Sociales. Pero quiero ser menos abstracto: de las carreras de Sociología en la Universidad pública argentina. Y por añadidura, de las Humanidades en su conjunto. Y por añadidura, de la Universidad pública argentina. La frase de Weber: “seamos buenos profesionales”. Es una frase interesante. Es necesario volverla a su sentido original, es decir a su sentido de vocación, a su sentido de dramaturgia de la palabra, a su sentido de la participación en la tragedia de los tiempos, en la constitución de la crítica y en esa rara cualidad de saber soportar las adversidades del presente. “Seamos buenos profesionales”: es preciso poder decirlo hoy si es que a esa palabra le sacamos el “ingrediente FOMECE” que tiene. No estoy entrando en una discusión política inmediata sobre el FOMECE, pero esa palabra hoy significa algo. Significa aprisionar textos y profesionalizar al margen de las tradiciones que hacen de las Ciencias Sociales un lugar profesional, porque ahí están en juego los valores.

P: Resulta sugerente y poco convencional, que Ud. evoque esa frase de Max Weber cuando aún predomina una esquemática contraposición entre sociólogo “crítico” vs. sociólogo “profesional”...

R: Qué quiere decir Weber con “seamos buenos profesionales”? Es una frase de algún modo escéptica, y de algún modo pesimista. Sin escepticismo y pesimismo, no se puede ser buenos profesionales. Es el irrumpir de la Historia en la trama moral. Eso es ser buenos profesionales. Si no es eso, es el optimismo del subsidio, meramente. El irrumpir de la Historia en la trama moral, y la creación de nuevos valores, eso es... me refiero a la última y estremecedora conferencia de Weber donde indica, como una hebra última que lo une a la posibilidad de un conocimiento riguroso, el “seamos buenos profesionales”. Y sabemos hasta qué punto la palabra profesión y vocación pertenecen al mismo campo de problemas, en Weber. Y en nosotros mismos también debe ser así.

P: De acuerdo con el balance crítico que venimos haciendo pareciera estar operando en las Universidades un doble aprisionamiento: por un lado, el llamado “estilo FOMECE” y

por otro, el papel de los medios como definidores de la realidad, de la "actualidad". En este escenario como imaginar un futuro diferente para las Ciencias Sociales?

R: Por un lado, está la cuestión de los medios. Es necesario crear otra actualidad, la actualidad que se crea es la actualidad de los medios. Las Ciencias Sociales ya no crean más ninguna actualidad. Es necesario crear un nuevo campo de actualidad, redefinir la actualidad, apropiarse de la actualidad, del concepto de actualidad y volver a la idea del presente como historia. Imagino que las carreras de Ciencias Sociales deben tener una forma de cuña, deben ser una cuña en la actualidad, y disputar la definición de la actualidad y la definición de investigación a los medios de comunicación, que definen la actualidad e investigan. Y no es cierto que en la Universidad se investigue de un modo más efectivo y con capacidad de intervención más rigurosa que la que tienen los medios de comunicación con sus poderosísimos efectos, que además también redefinen las ideas de investigación que circulan en la Universidad. Entonces, debemos construir una actualidad, una idea de actualidad que sobredetermina la actualidad. No es cierto que la Ciencias Sociales estén en condiciones de hacerlo meramente: están en condiciones de decir cómo es una actualidad electoral, cómo un cuerpo electoral prefiere o enhebra sus votaciones, viejos artilugios de la psicología social de cuño anglosajón. Pero no estamos en condiciones de definir en los hechos a qué cosa vamos a llamar actualidad. Pero eso sí lo puede hacer una Universidad, cuánto más si es una Universidad pública en condiciones de retener parte de su soberanía que le fue confiscada y que le está siendo confiscada cotidianamente. No hay Universidad pública si no sabemos retener la soberanía, llámenla autonomía, como se quiera, pero digo soberanía porque es una palabra más fuerte. Si no retenemos la soberanía de la Universidad pública, nada de esto podrá hacerse y efectivamente seremos personas mucho más empobrecidas culturalmente. Y otros dos puntos. Es necesario acabar con la definición de ciencias "duras" – ciencias "blandas", porque eso, ¿qué es? Nos hace parecidos a un dentífrico, a un fideo. ¿Qué es ciencias "duras" – ciencias "blandas"? ¿Dónde surgió? En qué momento que no fuera el momento en que se inventaron los formularios humillantes que hay que llenar en la Universidad. Y no hay muchos lugares para decir esto. En qué otro lugar sino en ése surgió la idea de ciencias "duras" – ciencias "blandas" de un modo tal que se tolera a aquel que dice: "y... mi formulario está preparado por las ciencias "duras". Por qué no harán un formulario para las ciencias "blandas"?" Esta discusión se llamó a lo largo de mucho tiempo de otro modo! Se llamó ciencias de la cultura, ciencias morales, ciencias de la naturaleza, ciencias exactas. Se llamó de un modo que permitía

suponer que estábamos discutiendo en el terreno epistemológico. Hoy estamos discutiendo en el terreno de durezas y blanduras. Estamos discutiendo mal esta cuestión. Es necesario advertir a los que insisten en hablar así ... Nosotros mismos hablamos de ciencias “duras” y ciencias “blandas”. Son eufemismos para ocultar la verdadera discusión que es efectivamente la relación entre la naturaleza y la historia. La naturaleza, la historia, la cultura y nosotros mismos. Y qué clase de intelectuales vamos a ser en este país castigado y en esta Latinoamérica castigada. Con ciencia dura y ciencia blanda, estamos ocultando toda esta discusión. Es cierto que la decimos. Es cierto que no queremos ser los espiritualistas de la filosofía de la cultura alemana de principios de siglo. Ni queremos ser naturalistas, ni reduccionistas, ni subjetivistas, ni sustancialistas, ni esencialistas, ni ontologistas. Nos prohibieron ser tantas cosas que nos queda ser “duros” o “blandos”. Es necesario salirle al paso -refinando las epistemologías de nuestras carreras- a esta pobre conceptualización, que tiene que ver con subsidios e incentivos. Es la epistemología FOMECA. Es necesario también cuestionar esta epistemología. Y por último, las evaluaciones. Porque cuando decimos evaluación estamos diciendo de algún modo construcción de criterios escalonados, jerárquicos, como se quiera -de punición, como se decía en San Juan-, que suponen también una parte importante de sustracción de la soberanía autoevaluadora de las Universidades. De dónde surgió que había que evaluar las Universidades por estos artificios burocráticos, que en la última década, no mucho más, han aparecido con una serie de funcionarios que hablan un idioma nuevo que va a ser el idioma de la Universidad si no reaccionamos a tiempo. Ese idioma, el idioma de la tecnoburocracia de los evaluadores que dice “tienen toda la libertad de hacer lo que quieran”, va a ser la libertad vacía e inocua que quede después de que toda la dicción universitaria esté confiscada por estos sistemas de evaluación. No digo nada fácil, no digo nada que suponga resoluciones que deban ser desatinadas o mal discutidas. No digo nada que no implique una gravísima, una extensa, una demorada discusión de claustros, profesores, personas con experiencia en las Ciencias Sociales, personas vinculadas a las Facultades de Humanidades y de toda la Universidad pública. Digo algo demorado, algo cuidadoso y algo que digo -espero- con cierta responsabilidad por estar ya casi veinticinco años vinculado a las carreras de Ciencias Sociales, si me permiten una observación personal de esta índole. Entonces, si es así, me parece que la idea de evaluación debe convertirse en otra cosa a discutir. Porque la idea de evaluación es una idea que genera un lazo muy delicado entre las personas, porque es un lazo político, donde se esgrimen poderes, formas de conocimiento, formas del logos, como dije quizás un poco abusivamente. Debe suponer que la Universidad pública argenti-

na -lo que queda de ella, lo que queda de Universidades que tienen de lo público cada vez menos, anexadas por laboratorios y consultorías- constituya una comunidad de evaluadores que genere sus propios criterios de evaluación, una comunidad de evaluadores que suponga el pluralismo de los lenguajes, el pluralismo de los textos, que suponga que en esa evaluación cruzada y simultánea, de algún modo está el espíritu de la asamblea, pero también el espíritu del gabinete y de la lectura solitaria de los libros. Y esto bajo la palabra que parece vinculada a las tradiciones democráticas del conocimiento: la evaluación. Quién quisiera pasarse sin evaluación? Es la presencia del otro en nosotros mismos. Sin embargo estas evaluaciones que están siendo por doquier presentadas en la Universidad de toda Latinoamérica y de todo el mundo, no significan sino la reconstitución y la reestructuración de una dicción y de un lenguaje universitario que de algún modo nos permite seguir sintiéndonos ciudadanos de la política y trabajadores en algo!, es decir, vinculados a ese algo que es la idea de trabajo, que se nos está expropiando. Simultánea a la expropiación de la idea de trabajo a los trabajadores, simultánea a la expropiación de la idea de ciudadanía a los ciudadanos, simultánea a la expropiación de la idea de saber a los intelectuales y simultánea a la idea de expropiación de la Universidad a los universitarios, marcha esta idea exteriorizante e impositiva de la DGI de la evaluación que se cierne sobre las Universidades argentinas. Me parece que reconstruir las carreras de Ciencias Sociales y de Sociología, que aún conservan lucidez, donde aún se lee - en una Universidad que lee poco-, donde aún puede encararse a los medios de comunicación, en Universidades que están dispuestas a enfrentarse a los medios de comunicación, en forma lúcida, crítica, sabiendo que son un hecho instituido y que de algún modo definen la trama del mundo contemporáneo. Si sabemos todo eso, también debemos saber que hay una potencialidad que aún nos asiste. De esa potencialidad es de la que debemos dar cuenta y de de la que debemos hablar. Esa potencialidad es la potencialidad que lleva misteriosamente a muchas personas... misteriosamente!, porque... qué destino se nos permite? En qué lugar está la profesionalización ansiada, subsidiada e incentivada? Ese es un destino para pocos! Si de algún modo somos muchos, es porque la Sociología -con esa palabra que pesa-, las Ciencias Sociales y las Humanidades, de algún modo encierran una vieja promesa. Entonces no será vano que hagamos llamados, y llamémonos entre nosotros a respetar, resguardar y proyectar como reconstrucción intelectual, esas viejas promesas.